



Todos recordamos la condena del régimen somocista por parte de la OEA en dramáticas sesiones, transmitidas valientemente por nuestras emisoras locales. Todos sabemos que sólo unos pocos países, los más retrógrados, militaristas y dictatoriales, no estuvieron conformes con la condena. Entre ellos, para vergüenza de los salvadoreños demócratas, El Salvador. Esa condena propició la caída definitiva del régimen somocista.

Pues bien, en este mes de octubre va a volverse a reunir la OEA, esta vez en Bolivia. Y en esta nueva reunión se va a discutir el Informe que la Comisión de Derechos humanos de la OEA escribió y presentó oficialmente, tras la visita que hicieron a El Salvador, invitados por el Presidente Romero. El Informe, como es bien sabido y como se nos recuerda en el último número de la revista ECA en un artículo dedicado a los derechos humanos en El Salvador, fue muy negativo. En El Salvador hay flagrantes y graves violaciones de los derechos humanos, tanto individuales como económicos, sociales y políticos. Punto en el que coinciden el Reporte del Departamento de Estado norteamericano y el reporte de la delegación parlamentaria británica.

Es evidente que ni el Departamento de Estado norteamericano, ni el Parlamento Británico ni la OEA quieren mal a El Salvador o nos quieren hundir en el mar de la subversión y del comunismo internacional. ¿Por qué no se acepta la otra alternativa y se admite que efectivamente en El Salvador hay una masiva violación de los derechos humanos, que tiene a la inmensa mayoría del pueblo al borde no de la anarquía sino de la desesperación y de la guerra civil? Y una vez aceptado esto por qué no se sigue preguntando cuál es la causa de que se necesite tal masa de violaciones. ~~para~~ Esta es la pregunta fundamental: qué hay entre nosotros que obligue a una cota tan alta y tan dramática de violación de los derechos humanos. La respuesta no es difícil: una tremenda situación de injusticia y un pueblo



que ya no está dispuesto a aguantar más la injusticia estructural y la represión violenta. Y esto en vez de mejorarse, después que pasaron los investigadores, ha empeorado sustancialmente. Desde entonces acá cerca de mil asesinatos políticos en una población que no alcanza a los cinco millones; violaciones permanentes del orden legal en cuanto a las detenciones, etc., etc.

Mientras tanto el ministro de Relaciones Exteriores viaja a Paraguay para explicar lo inexplicable y acudirá a Bolivia para defender lo indefendible. Pero, ¿quién irá a Bolivia no a defender la imagen de El Salvador sino a defender a los miles de víctimas de la represión, a todo un pueblo atemorizado, hostigado, que tiene que vagar por la montaña y el campo porque son sacados de sus casas a la noche y desaparecidos para siempre? ¿Quién irá a defender a los cadáveres que aparecen bárbaramente mutilados en las carreteras de San Vicente -sin que su Obispo se de por enterado- o con los puélgares apresados delante de la Guardia de Pan-chimaloo? ¿Quién defenderá a los bravas directivos de FTC que han desaparecido pero que no tardarán en aparecer muertos, abengados y valientes campesinos sin más armas que su palabra y su convicción, sin más defensa que su idealismo y su fe cristiana? Ojalá llegue a Bolivia la voz del oprimido, ojalá haya alguien allá que ses la voz de los muertos, de los perseguidos.

Pero parece haber entre nosotros quienes poco se preocupan de esto. Desde luego no las autoridades que son las responsables últimas de la situación. Pero tampoco los grandes medios de difusión. ¿Recuerdan Vds. algún editorial en que nuestros flamantes periódicos comerciales se hayan enfrentado seriamente con el problema de los derechos humanos en El Salvador? ¿Recuerdan alguna información imparcial sobre las muertes y los asesinatos? No. En nombre de la subversión y del comunismo todo enfrentamiento les parece bueno o explicable. En el mejor de los casos dan la respuesta por callada. Pero el Arzobispo y la Comisión de Derechos humanos no dejan de probar día a día la verdad, que los otros prefieren ocultar. Ojalá en Bolivia resplandezca toda la verdad y sólo la verdad.